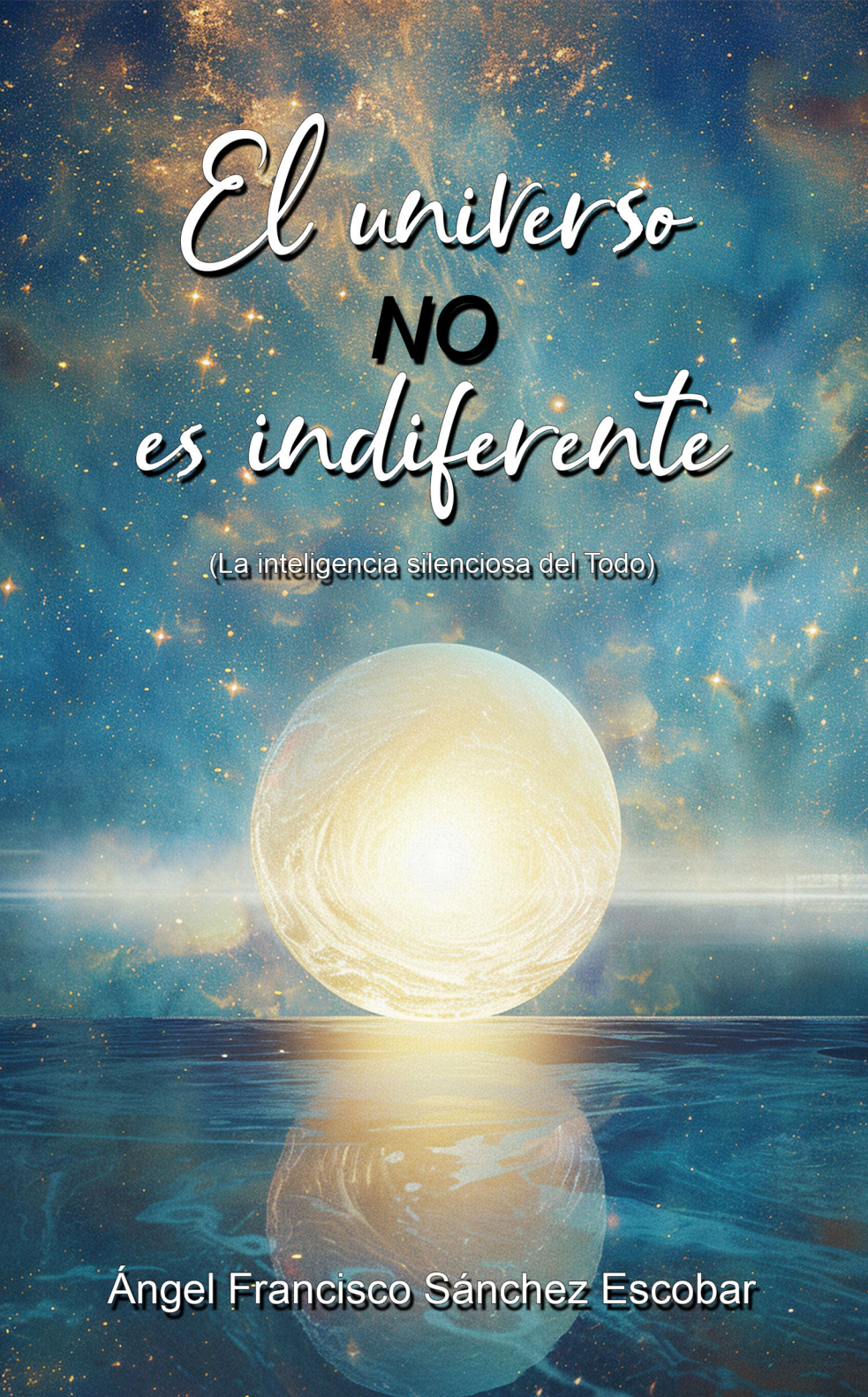
El universo
NO
es indiferente
(La inteligencia silenciosa del Todo)
Ángel Francisco Sánchez Escobar

El universo NO es indiferente

(La inteligencia silenciosa del Todo)

Ángel Francisco Sánchez Escobar

© Ángel Francisco Sánchez Escobar, 2025
Revisión, maquetación y diseño de interior:
Beatrice - Servicios Editoriales
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, excepto citas en revistas, diarios, libros o redes sociales, siempre que se mencione la procedencia de las mismas.

ÍNDICE

Introducción.....**9**

Nota del traductor.....**11**

I. El silencio de los astros y la respuesta del alma.....**15**

II. La mente del cosmos y la inteligencia del amor.....**21**

III. El hombre ante el espejo del infinito.....**25**

IV. La fraternidad cósmica: el universo como comunión de voluntades.....**29**

V. La esperanza cósmica: aprender a confiar en el silencio de Dios.....**35**

Epílogo: Bajo el mismo silencio.....**41**

A quienes siguen buscando
sentido en el silencio del cielo.

Introducción

Durante siglos el hombre ha mirado al cielo buscando una señal. Unas veces ha encontrado a Dios; otras, solo el eco de su propia voz. Entre ambas experiencias —la fe y la soledad— se ha tejido toda la historia espiritual de la humanidad.

En tiempos recientes, el pensamiento moderno ha querido reducir ese misterio a una ecuación sin alma. Los grandes físicos y filósofos del siglo XX —Weinberg, Monod, Camus— coincidieron en una intuición amarga: *el universo no es amigo del hombre*.

Según ellos, el cosmos es un accidente brillante, inmenso, pero sin propósito. La inteligencia humana sería una chispa breve, nacida del azar y condenada a apagarse sin

respuesta. Pero ¿y si ese diagnóstico fuera incompleto? ¿Y si el silencio del universo no fuera desinterés, sino respeto? ¿Y si lo que llamamos indiferencia no fuera otra cosa que libertad concedida?

Hace años emprendí la tarea de traducir al español una obra que transformó mi comprensión de lo real: *Los escritos de Urantia*. Allí descubrí una visión radicalmente distinta de la existencia: un universo mental, moral y espiritual, sostenido por una Mente amorosa que no domina, sino que inspira; que no castiga, sino que educa. En sus páginas, el hombre aparece como co-creador, no como accidente; como alumno de eternidad, no como víctima del azar.

De esa experiencia nace este ensayo. No pretende convencer, sino invitar a mirar de nuevo: a reconsiderar la posibilidad de que el

universo, lejos de ser enemigo o indiferente, sea un vasto organismo de sentido, donde cada mente finita participa —a su escala— en la mente infinita del Todo.

Aquí no se habla de dogmas ni de iglesias, sino de esa conversación silenciosa entre la conciencia humana y su modelador del pensamiento, esa fracción divina que trabaja en lo más íntimo de cada ser. Esa voz interior, más antigua que la historia, podría ser la prueba de que el cosmos no es hostil, sino esperanzado.

El universo no es indiferente: nos escucha. Y este libro es, en el fondo, un intento de aprender a escucharlo también.

Nota del traductor

Este ensayo nació de una larga fidelidad: la que he mantenido durante más de veinte años

con *Los escritos de Urantia*, una obra que he traducido, revisado y meditado en silencio, buscando que su lenguaje pudiera resonar en nuestra lengua con la claridad que merece.

Esa tarea no fue solo filológica; fue también espiritual. Traducir no consiste únicamente en trasladar palabras, sino en atravesarlas. Cada concepto de aquel texto —la Fuente-Centro Primera, el modelador del pensamiento, la Mente Universal— fue adquiriendo para mí el peso de una experiencia.

De esa convivencia prolongada con la obra surgió la necesidad de escribir *El universo no es indiferente*. No se trata de un resumen ni de un comentario sistemático, sino de una reflexión libre, un intento de pensar con las categorías de nuestro tiempo lo que aquella revelación propone: que el cosmos no es un accidente ni una maquinaria ciega, sino una

comunidad viva de sentido, donde toda mente participa del proceso creador.

En las páginas anteriores he procurado mantener la terminología y el espíritu de mi traducción. El lector no encontrará aquí un tratado religioso ni un sistema cerrado, sino una invitación al diálogo: entre ciencia y espiritualidad, entre razón y asombro, entre el hombre y su silencio interior.

Si algo he aprendido durante estos años de trabajo es que la verdad no se impone; se reconoce. Y que, detrás de toda búsqueda sincera, late siempre una misma voz: la del universo que espera ser comprendido.

Ángel Francisco Sánchez Escobar
Sevilla, abril de 2025

I. El silencio de los astros y la respuesta del alma

Hubo un tiempo en que el hombre creyó que las estrellas le hablaban. En su titilar veía señales, en su ritmo un mensaje cifrado. Pero llegó la era del cálculo, y la voz de los astros fue sustituida por fórmulas. Desde entonces, el universo parece mudo. Weinberg escribió que *cuanto más comprensible parece el universo, más carece de sentido*. Monod llamó *azar* a lo que no comprendía. Camus, mirando el mismo cielo, habló del *absurdo*.

Esa herencia del siglo XX sigue pesando como una sombra: la idea de que el cosmos es un mecanismo frío, un reloj que gira sin testigo ni propósito. Y sin embargo, ¿no será esa misma inteligibilidad la huella de una Mente mayor?

El hombre moderno ha confundido el silencio con la ausencia. Pero en los escritos, el silencio es la forma más alta de presencia. El universo no se impone, se insinúa. No grita desde los cielos: murmura desde el interior de la conciencia, donde el modelador del pensamiento realiza su labor paciente. No hay milagro más profundo que ese: que lo Eterno haya sembrado una porción de sí en cada criatura temporal, no para controlarla, sino para acompañarla en su aprendizaje.

El modelador, esa parte de Dios en nosotros, no interrumpe la libertad humana: la orienta desde dentro. No ordena, persuade. No castiga, enseña. Su voz no compite con la del ego ni con la del mundo; apenas susurra en los márgenes del pensamiento, esperando que el hombre decida escuchar.

Por eso el universo puede parecer

indiferente. Porque el Amor infinito no actúa como un poder exterior, sino como una invitación interior. Su pedagogía es el respeto. Y esa es quizá la mayor prueba de que no estamos solos: que se nos deja libres incluso para negar lo divino, pero jamás sin la silenciosa compañía de la divinidad.

Los escritos lo expresan con claridad:

> *«La mente del hombre es el campo donde se encuentra la criatura y el Creador; allí el tiempo se abre al contacto con lo eterno.»*

En ese cruce secreto de libertades —la humana y la divina— se juega toda la historia del alma. La vida no es una condena ni una prueba impuesta, sino una oportunidad de crecimiento. Las pérdidas, el dolor, la

incertidumbre, son herramientas con las que el universo nos educa en responsabilidad y amor.

El universo, entonces, no es enemigo ni indiferente: es un maestro paciente. Su aparente silencio no es vacío, sino contención. Si la divinidad se ocultara para siempre, el anhelo humano moriría; pero si se mostrara por completo, la libertad desaparecería.

El equilibrio entre ambas ausencias —la divina y la humana— es lo que hace posible el diálogo. Y en ese diálogo, cada ser se convierte en un microcosmos del Todo: un fragmento que busca volver a la Fuente, no por obediencia, sino por reconocimiento.

Tal vez ahí resida el secreto de la evolución espiritual: aprender a ver propósito donde antes creíamos ver azar, compañía donde imaginábamos soledad. Porque cuando el alma empieza a escuchar a su modelador, el

universo entero recobra su voz.

II. La mente del cosmos y la inteligencia del amor

Cuando la ciencia mira al cielo, ve materia; cuando la filosofía lo contempla, busca sentido; cuando el alma lo siente, descubre mente. El universo, dicen los escritos, *no es un accidente ordenado, sino una mente expresada*. En su raíz no hay azar, sino pensamiento; no hay frialdad, sino dirección.

Cada átomo, cada espiral de galaxias, cada impulso de vida obedece a un diseño invisible, no impuesto, sino mantenido por una inteligencia coordinadora que vincula lo físico con lo espiritual. Esa inteligencia no es otra que la Mente Universal, emanación viva de la Fuente-Centro Primera, cuya energía sostiene todas las demás realidades.

El cosmos, entonces, no piensa como un hombre, pero se comporta como si pensara, porque está penetrado por la razón del amor. Donde la física ve fuerzas, la mente espiritual percibe intención. Donde la biología observa evolución, la conciencia reconoce propósito.

Los escritos lo formulan con precisión:

> *«La mente es el puente entre la materia y el espíritu; es la corriente mediante la cual el pensamiento del Padre se vuelve experiencia en las criaturas.»*

Si el universo fuera puramente material, nada podría conocerlo. Pero la existencia de la mente humana —capaz de preguntar, de intuir, de amar— demuestra que lo mental no surge de lo inerte, sino que lo precede.

Pensamos porque el cosmos primero

nos pensó. La inteligencia que anima a las galaxias y la que enciende una idea en el hombre son de naturaleza afín, aunque de magnitud incomparable. Por eso el modelador del pensamiento no es una metáfora poética, sino la forma más cercana de esa inteligencia divina en nosotros. No dicta, sino que traduce el lenguaje del universo al de la conciencia individual. Nos enseña a pensar como piensa el amor.

Y ese aprendizaje —lento, imperfecto, a veces doloroso— es el verdadero proceso evolutivo del alma. Nada en el universo está desconectado: lo material busca la estabilidad; lo mental, la comprensión; lo espiritual, la unión.

Cuando el hombre comprende, coopera con el cosmos. Cuando ama, participa de su inteligencia. El universo no nos pide fe ciega,

sino colaboración lúcida. Su mente se despliega a través de la nuestra: la verdad no desciende como un decreto, se descubre como una resonancia. Así, cada pensamiento elevado, cada acto de bondad, cada impulso de belleza, es una microrevelación: una onda que responde a la frecuencia del Todo.

El universo no es un experimento frío; es una conversación entre inteligencias. Y esa conversación tiene un idioma común: el amor.

III. El hombre ante el espejo del infinito

Nada revela tanto la grandeza del universo como el modo en que trata al hombre: con libertad. En esa libertad reside tanto la gloria como el peligro de nuestra existencia. La Primera Fuente y Centro no impone el bien; lo propone. No programa autómatas, sino conciencias capaces de errar. El error, entonces, no es una caída irreparable, sino la condición de la elección verdadera.

Los escritos enseñan que cada criatura pensante es un «punto de convergencia» donde lo finito puede reflejar lo eterno. El hombre es un espejo viviente del Infinito; pero ese espejo está aún empañado por el miedo, el ego y el tiempo. Solo a través del trabajo interior —

del pensamiento guiado por su modelador— puede ir aclarando su superficie hasta reflejar la luz que siempre estuvo ahí.

El modelador del pensamiento no elimina la oscuridad; la ilumina. No suprime la duda; la acompaña. No evita el sufrimiento; le da sentido. Cada experiencia humana, incluso la más amarga, puede volverse materia prima de sabiduría. Lo que el universo parece quitarnos, en realidad nos lo devuelve transformado en comprensión.

El dolor, en este marco, no es castigo, sino una forma de despertar. Cuando todo nos falta, descubrimos lo que permanece. Cuando la esperanza humana se agota, empieza la confianza en lo eterno. Por eso la tragedia no desmiente el amor del universo: lo revela desde su reverso.

«La divinidad se oculta en el corazón de

las dificultades —dice un pasaje— para que el hombre aprenda a buscarla dentro de sí.» Así, la evolución espiritual no es un ascenso lineal, sino un diálogo entre error y comprensión. El alma aprende a amar no cuando todo está claro, sino cuando el caos la obliga a elegir entre la fe y la desesperación.

Cada ser humano es, en cierto modo, una parábola del cosmos: una mente libre que busca su origen en medio de la incertidumbre. Y cada vez que elige el bien, aunque sea temblando, coopera con la inteligencia del amor que sostiene las galaxias.

El universo, entonces, no nos examina; nos espera. Su paciencia es infinita porque sabe que la eternidad no tiene prisa. El tiempo no es una condena: es el espacio que la divinidad concede al alma para aprender a amar. Quizá ese sea el secreto de todo: que Dios no exige

adoración, sino comprensión; no busca súbditos, sino compañeros de creación.

Y cuando la criatura comienza a pensar, sentir y actuar en armonía con su modelador, el universo entero se reconoce en ella. El espejo ya no refleja solo al hombre, sino al Infinito que lo soñó.

IV. La fraternidad cósmica: el universo como comunión de voluntades

Si el universo fuera indiferente, cada ser existiría aislado en su propia órbita. Pero la experiencia más profunda del alma humana —aquella que trasciende credo, nación o época— es el presentimiento de que no estamos separados.

En lo visible y en lo invisible, todo está tejido con la misma intención. Los escritos lo llaman *la gran familia de los universos*. No es una metáfora poética, sino una realidad ontológica: el universo no es una suma de partes, sino una comunión de voluntades en distintos grados de conciencia.

Desde la Fuente-Centro Primera hasta el último ser pensante de un mundo evolutivo,

todo participa de un mismo impulso: revelar y experimentar el amor.

Ese amor no es sentimiento, sino principio de organización cósmica. La gravedad une las masas; la mente une los significados; el amor une las voluntades. Y esa triple unidad —energía, mente y espíritu— sostiene la armonía de los mundos.

En cada criatura habita un fragmento de esa fraternidad. El modelador del pensamiento no es solo un guía interior, sino el vínculo vivo que nos enlaza con todos los demás seres habitados por la misma chispa divina.

Por eso, en el fondo, no hay soledad ontológica posible: quien piensa con amor piensa en consonancia con el universo entero. «Todo ser personal es un nodo en la red del amor universal», dicen los escritos. «Y cuando una criatura comprende, aunque sea por un

instante, el gozo de la compasión, el universo entero responde con un incremento de luz.»

La fraternidad cósmica no anula la diversidad; la celebra. Cada mundo, cada inteligencia, cada cultura estelar, aporta una nota distinta al himno de la creación. El propósito divino no es uniformar, sino armonizar. La unidad no consiste en pensar igual, sino en sentir el mismo centro.

Aquí la ciencia, la filosofía y la religión convergen: la primera revela la interdependencia física de la materia; la segunda, la coherencia lógica de la mente; la tercera, la comunión espiritual de las personas. Las tres son distintas maneras de pronunciar un mismo asombro: que el cosmos tiene coherencia porque está habitado por intención.

El universo no es un escenario de soledades, sino una conversación sin fin entre

inteligencias libres. Cada decisión buena, cada acto de misericordia, cada pensamiento creador, no es un gesto privado: es una vibración que se propaga por la red de la fraternidad universal, modulando la sinfonía del todo.

Cuando comprendemos esto, cambia nuestra mirada sobre la historia. Ya no vemos civilizaciones enfrentadas, sino espíritus en distintos grados de madurez; no pueblos elegidos y desechados, sino un mismo linaje cósmico aprendiendo a reconocerse.

Y entonces, por primera vez, entendemos el verdadero sentido de la palabra «revelación»: no un mensaje que desciende, sino una conciencia que despierta. Porque el universo no nos habla desde afuera: nos despierta desde adentro, a través de la comunión que el modelador mantiene entre la Fuente y sus criaturas. La fraternidad cósmica no es una

promesa futura: es la estructura misma del ser.

El día en que el hombre viva conforme a esa verdad —cuando vea en su hermano no un rival, sino un fragmento del mismo infinito—, el universo dejará de parecernos indiferente. Entonces comprenderemos que toda realidad es relación, y que el amor es la ley que mantiene en pie las estrellas.

V. La esperanza cósmica: aprender a confiar en el silencio de Dios

A veces parece que el universo calla demasiado. El sufrimiento de los inocentes, la extinción de los mundos, la fragilidad de cada vida humana, parecen contradecir la idea de un orden guiado por amor. Y, sin embargo, ese mismo silencio ha sido el maestro de todas las almas que aprendieron a escuchar.

Los escritos dicen que «la fe es la confianza del hijo en la sabiduría del Padre cuando los caminos del tiempo ocultan los designios de la eternidad». Nada resume mejor el misterio del vivir. Porque el silencio de Dios no es ausencia, sino un modo de educar la libertad. Solo quien aprende a confiar en la penumbra está preparado para recibir la luz.

La esperanza cósmica no es optimismo ingenuo; es conocimiento profundo de la estructura misma del universo: la certeza de que todo lo que existe tiende al bien, aunque el proceso sea lento y a veces doloroso. El caos aparente es solo la cara visible de una arquitectura más vasta, invisible a los ojos del tiempo.

El modelador del pensamiento trabaja en ese nivel silencioso. Mientras la mente humana se agita entre dudas y pasiones, él mantiene el hilo de la dirección, hilvanando los fragmentos de la experiencia con los propósitos del alma.

Nada se pierde; nada se desperdicia. Hasta el error puede ser transformado en sabiduría si el alma lo contempla con sinceridad. Así, la esperanza cósmica no descansa en el resultado, sino en el sentido del proceso. No se trata de esperar milagros, sino de reconocer el milagro

cotidiano de la evolución interior.

Cada avance moral, cada acto de amor, cada pensamiento sincero hacia la verdad, son movimientos del cosmos dentro de nosotros. El universo avanza cuando un hombre perdona, cuando un niño pregunta, cuando un alma comprende. Esa es la fe madura: la que ve más allá del instante y siente que el universo entero conspira a favor de la comprensión.

El aparente desorden del mundo no es desamor, sino la libertad de un plan que se cumple sin forzar los corazones. La divinidad confía tanto en el hombre que lo deja crecer a su propio ritmo. Y esa confianza es la forma más sublime del amor.

> *«El Padre no exige perfección inmediata; pide fidelidad al impulso de perfeccionarse.»*

Esa frase basta para sostener la esperanza incluso en la noche más larga. Porque saber que el universo confía en nosotros transforma la angustia en tarea. No somos peregrinos extraviados en un cosmos vacío; somos aprendices de eternidad.

Algún día, cuando las sombras del tiempo se disipen, veremos que el silencio del universo era música demasiado inmensa para ser oída de cerca. Y entonces comprenderemos que no hubo abandono, sino pedagogía; no indiferencia, sino paciencia.

El universo no es enemigo ni amigo en el sentido humano: es maestro y compañero. Nos enseña lo que ni siquiera sabíamos que buscábamos: la alegría de cooperar con el amor que lo sostiene todo.

Y cuando el alma se une por completo a su modelador, cuando el pensamiento humano

se armoniza con la mente universal, el silencio se disuelve: ya no hay nada que preguntar, porque el hombre y Dios, por fin, se entienden.

Epílogo: Bajo el mismo silencio

Al final, lo comprendemos: no hay distancia entre las estrellas y el alma. El mismo aliento que mueve los mundos respira en nosotros.

Creímos que el universo era un escenario sin fin donde el hombre representaba su pequeña tragedia; pero era al revés: el universo representaba en nosotros su esperanza. Cada conciencia humana es una apuesta de la eternidad por entenderse a sí misma.

El silencio de los cielos no era abandono, sino escucha. La soledad no era castigo, sino invitación a descubrir la compañía interior. Y el tiempo, ese río que nos lleva, no era condena, sino camino hacia la comprensión.

Todo lo visible —el polvo de los astros, las criaturas, los mundos— es apenas la superficie

de un diálogo incesante. El modelador del pensamiento sigue trabajando, como una llama quieta en el centro del ser, modelando la mente humana para que llegue un día a pensar en armonía con la Mente Universal.

Entonces el universo entero hallará en nosotros su palabra. Quizá ese sea el secreto último: que Dios no busca ser comprendido por encima de las estrellas, sino dentro de la mente que aprende a amar.

Y que cuando un hombre se vuelve bueno, aunque sea en un rincón del mundo, el infinito sonríe. Porque el universo no es indiferente. Solo esperaba que lo entendiéramos.